

## Recuerdo de Baudelaire y Silva una vez en París

Escribe: **CARLOS ARTURO CAPARROSO**

En la tarde opaca, con caída de hojas y ráfagas de viento otoñal, de este 2 de noviembre, Día de difuntos, he rendido un sencillo homenaje a Charles Baudelaire.

Así, he ido a visitar su tumba en el cementerio de Montpār-nasse y depositado en ella un manojo de encendidas rosas rojas de Francia.

\* \* \*

Muy acorde, desde luego, con uno de los temas centrales del lirismo de Baudelaire, esto de evocarle precisamente en el día de los muertos. Porque en Baudelaire la idea de la muerte es una de sus inspiraciones definitivas. Idea que señorea su vida e impregna toda la atmósfera poética de "Les fleurs du mal".

La muerte... Razón y fin de su vivir. Consuelo de su patética angustia. "Le seul espoir", el elixir embriagante, el veneno reconfortante: "Oh Mort, vieux capitaine, il est temps!", exclama en su tranquilo anhelar.

De aquí, su perpetua melancolía. Su soberbio desprecio del mundo. El lacerante disgusto de la humana ignominia de sus días. Y el trance de la condenación o de la redención, dentro de su profundo sentimiento cristiano: "Enfer ou Ciel".

Y como un compañero siempre presente, inseparable, el dolor que le dictó uno de los más bellos versos de toda la poesía francesa: "Ma Douleur, donne moi la main, viens par ici".

Todo cantado con tal sinceridad, con tan entrañable convicción, en versos ceñidos a la manera parnasiana que hacen de Baudelaire uno de los más originales poetas de todos los tiempos.



Aquella misma sinceridad, y en este caso desusada audacia, con que fustigó los vicios comunes, la hipocresía, el error, la sordidez y la tontería de los fariseos que diariamente encontraba a su redor.

Lo que, naturalmente, no pudo menos de atraerle el rencor y la ojeriza de las gentes. El desvío de la crítica de entonces. La condena, en suma, ya oficializada, de la Cámara correccional de 1.857.

De esta suerte, vino el poeta a encarnar el simbólico “albatros” de su famoso poema, objeto de la mofa de las “huées” escarnecedoras. Víctima entonces de esa su atrevida condición de profeta laico, de hombre que dijo con voces desacostumbradas su verdad al hipócrita lector a quien sin embargo llamaba su hermano. Voces de creador del “frisson nouveau” con que le señaló, en frase ampliamente comprensiva, el viejo Hugo en una carta memorable.

\* \* \*

Visita mía a la tumba de Montparnasse que ha sido una de las instancias de la evocación del gran poeta que he querido realizar en su propia ciudad, tan indisolublemente ligada a su existencia desolada, a su suspirante ambición de belleza, a su musa rebelde y a su constante deseo de fuga hacia regiones exóticas y lontanas.

\* \* \*

Porque París es otro de los temas centrales de “Les fleurs du mal”.

No sólo de manera particular indicado en el título de una de sus secciones, “Tableux parisiens”, sino reiteradamente sugerido en casi muchas páginas de ese volumen de poemas al igual que en otras de sus producciones.

Y ahora, en París, he tratado de imaginarme sus familiares peregrinaciones. Sus peregrinaciones por las callejuelas de sus caros “faubourgs”, por las tiendas y puestos de libros del “Quartier Latin”, por los salones de arte, por las redacciones de periódicos y revistas. Su indolente deambular de “dandy” solitario, en atardeceres opacos y apremiantes, camino de la taberna cordial, de las nocturnas lujurias o de su vivienda por lados del



“quai de Bethume” o del “faubourg Saint-Germain” en donde las cuartillas vírgenes estaban a la espera de la estrofa sabiamente facturada con arte de orfebre exquisito y cargada de esencias amables o luciferinas; de la traducción de Poe; de la aguda y personal página de crítica literaria, musical o artística; de la íntima confesión de su corazón “al desnudo”; del alucinante relato por los ámbitos de los paraísos artificiales; del pequeño poema en prosa.

Siempre asaeteado de inquietudes, de aflicciones, de torturas. Pero con el espíritu disparado hacia la ardua belleza. En perennes ansias de elevación, de sublimación de la humana pequeñez, superado el sufrimiento. Idealizados el amor y la mujer en los ámbitos de la eterna poesía, de las supremas consolaciones del arte.

\* \* \*

Al trazar esta mínima glosa sobre Baudelaire ha estado presente en mi mente el recuerdo de un gran poeta de Colombia en este Día de difuntos.

De nuestro José Asunción Silva. Uno de los primeros en ocuparse entre nosotros del lírico francés, en quien reconocía uno de los hitos más altos de la lírica del siglo XIX cuando, con certera apreciación, escribía en su novela “De sobremesa” que Baudelaire era “el más grande, para los verdaderos letrados, de los poetas de los últimos cincuenta años”.

Comprensión y admiración de Silva para con Baudelaire que, fuera de su significación en sí, cobra especial importancia para su caso.

Porque fuera de algunos reflejos que en sus “Gotas amargas” pudiera haber de ciertos aspectos de “Les fleurs du mal”, varios son los motivos de inspiración de Silva similares a los del poeta francés.

Su insatisfacción de la vida, el sentido de la muerte, la desolada angustia. El anhelo de perfección literaria. Su inequívoca profesión de dandismo.

Y en ambos, patéticamente, su desajuste con el medio y el momento en que les tocó adelantar su anécdota vital, víctimas de la incompreensión de sus contemporáneos.